

DOCUMENTO

Fortuna de la república

Ralph Waldo Emerson

Es una regla tanto de la economía como de la hidráulica que se ha de tener una fuente más alta que la espita. Los molinos, las tiendas, el teatro y la reunión electoral, el colegio y la iglesia, han averiguado este secreto. Los marinos navegan con cronómetros que no retrasan ni dos o tres segundos al año, desde que Newton explicó al Parlamento que la manera de mejorar la navegación era conseguir buenos relojes u ofrecer un premio público por un cronómetro mejor que los usados hasta entonces. Los fabricantes confían en turbinas de perfección hidráulica; el alfombrero, en mordientes y tintes que agotan la destreza del químico; el estampador de calicó, en dibujantes de genio que reciben salarios de artistas, no de artesanos. Wegwood, el eminente alfarero, aceptó con valentía el consejo del escultor Flaxman, quien le dijo que «enviara a alguien a Italia, a los museos, en busca de las formas de antiguos vasos etruscos, urnas, jarras, vasijas domésticas y sacrificiales de todo tipo». Hicieron grandes obras y llamaron a su centro de fabricación Etruria. Flaxman, con su gusto griego, seleccionaba y combinaba las formas más encantadoras, las cuales eran modeladas en arcilla inglesa; enviaron cajas de regalo a todas las cortes de Europa y formaron el gusto del mundo. Esto supuso un renacimiento de la mesa de desayuno y del retrete de porcelana. Los valientes fabricantes hicieron fortuna. Los joyeros imitaron los modelos resucitados en oro y plata.

El teatro se aprovecha del mejor talento del poeta, del pintor y del aficionado con gusto para conseguir el *conjunto* del efecto dramático. La oficina naval de seguros tiene su asesor matemático para fijar las medias; la de seguros de vida, su tabla de anualidades. El comerciante de vino tiene su analista y su degustador, cuanto más exquisito mejor. Sospecho que tiene también sus deudas tanto con el químico como con el viñador.

Nuestra riqueza moderna se sustenta con unas pocas materias primas, y el interés que mostraron las naciones por nuestra guerra se vio exacerbado por la importancia del comercio del algodón. ¿Y qué es el algodón? Una planta de las doscientas mil conocidas por el botánico, la mayor parte de las cuales

son consideradas como malas hierbas. ¿Y qué es una mala hierba? Una planta cuyas virtudes aún no se han descubierto, como cada una de las doscientas mil que aún han de ser de utilidad para las artes. Así como Baco fue dios del vino y Ceres del trigo, y como Arkwright y Whitney fueron los semidioses del algodón, llegará un tiempo prolífico en que habrá un inventor para cada planta. No existe la propiedad en la naturaleza, sino un espíritu que nace para buscarla y encontrarla. Porque no son las plantas o los animales, innumerables como son, ni todo el almacén de la naturaleza material, los que pueden proporcionar la suma del poder, sino la infinita aplicabilidad de estas cosas en las manos del pensador, y cada nueva aplicación equivale a un nuevo material.

Nuestra soñolienta civilización, desde que Roger Bacon y el monje Schwartz inventaron la pólvora, ha elaborado todo su arte de la guerra, compuesta de toda fortificación en tierra y mar, de toda instrucción y educación militar —y todo por extensión de un barril de pólvora—, y se muestra muy desdeñosa con los arcos y las flechas, y apenas tiene en más consideración a los griegos y romanos y a la Edad Media que a los indios y a la época del arco y la flecha. Como si la tierra, el agua, los gases, la luz y el calor no tuvieran un millón de energías, el descubrimiento de una de las cuales podría cambiar de nuevo el arte de la guerra y poner fin a la guerra por las fuerzas exterminadoras que el hombre puede aplicar.

Ahora bien, si esto es cierto en lo práctico y en las bellas artes —es decir, que la dirección debe extraerse de una fuente superior o no tendremos una obra buena—, ¿es menos cierto en nuestra vida social y civil?

En nuestra política popular, se puede comprobar que todo aspirante que se eleva por encima de la multitud, por mucho que al principio cumpla su obediente aprendizaje en las tácticas de partido, si tiene sagacidad, pronto aprende que no es, en ningún caso, por obedecer a la vulgar veleta de su partido, a sus resentimientos, temores y caprichos, por lo que consigue el auténtico poder, sino que debe a menudo enfrentarse y resistir al partido, atenerse a tal resistencia y amedrentarlo; que el único derecho al respeto permanente y a nuevos partidarios consiste en ver por sí mismo cuál es el verdadero interés público y abogar por él; este es un principio, y todos los aplausos y silbidos de la multitud deberán luego acomodarse a él. Nuestra época proporciona fácilmente muy buenos ejemplos.

La ley del agua y de todos los fluidos es una auténtica agudeza. El príncipe Metternich dijo: «Las revoluciones comienzan en las mejores cabezas y bajan directamente al vulgo». Es una observación muy vieja; no es más cierta porque la dijera Metternich, ni tampoco menos cierta.

Ha habido revoluciones que no se han producido en pro del feudalismo y la barbarie, sino de la sociedad. Y estas no se distinguen por el número de los combatientes ni por el número de los asesinados, sino por el motivo. Ahora

no tienen interés alguno las guerras de York y Lancaster, las guerras de los emperadores alemanes, franceses y españoles, que sólo fueron guerras dinásticas, sino aquellas en que estuvo en juego un principio. Sobre estas se lee con un interés apasionado, y no pierden su *pathos* por el paso del tiempo. Cuando las ideas sirven para apuntar el cañón, cuando tras él hay hombres con convicciones religiosas, cuando los hombres mueren por aquello para lo que viven y el principal motivo por el que se esfuerzan a diario les urge a arriesgarlo todo, entonces el cañón articula sus explosiones con la voz de un hombre, el rifle apoya al cañón y la escopeta al rifle, las mujeres fabrican los cartuchos y todos disparan a una señal; entonces los dioses se unen al combate, nacen los poetas y el mejor código de leyes registra por fin la victoria.

Ahora, la culminación de estos triunfos de la humanidad —que incluían virtualmente la extinción de la esclavitud— es el cultivo de América.

En cada momento, un país, más que ningún otro, representa el sentimiento y el futuro de la humanidad. Nadie dudará de que América ocupa este lugar en la opinión de las naciones, como se demuestra por el hecho de la vasta inmigración a este país desde todas las naciones de Europa occidental y central. Y cuando los aventureros se han instalado y han mirado a su alrededor, envían todo el dinero que pueden ahorrar para traer a sus amigos.

Mientras, descubren que este país acaba de pasar una gran crisis en su historia, tan necesaria como la lactancia o la dentición o la pubertad para el individuo humano. En estos días estamos planteando, para nosotros y para nuestros descendientes, cuestiones que, al ser respondidas en un sentido u otro, supondrán la paz y prosperidad o la calamidad de los tiempos venideros. Las cuestiones de la educación, de la sociedad, del trabajo, la dirección del talento, del carácter, la naturaleza y los hábitos de los americanos, pueden muy bien ocuparnos, y más aún la cuestión de la religión.

Las nuevas condiciones de la humanidad en América son realmente favorables al progreso, a la supresión de absurdas restricciones y antiguas desigualdades. El espíritu es mejor cuanto más se usa, y aquí esto se pone en práctica. Al más humilde se le desafía a diario a dar su opinión sobre cuestiones prácticas y, mientras exista la libertad civil y social, incluso los disparates tienen un efecto favorable. Las hipocresías son buenas para provocar al sentido común. La iglesia católica, los trances del médium, las rebeldes paradojas, exasperan al sentido común. Cuanto más absurda sea la paradoja, más probable será que Punch la ponga en la picota.

El hecho de que el poder resida en el pueblo, como ocurre con las formas republicanas, tiene el efecto de mantener las cosas próximas al sentido común; la corte o la aristocracia, que siempre deben ser una pequeña minoría, pueden incurrir en locuras con mayor facilidad que una república, la cual tiene demasiados observadores —cada uno con un voto en la mano— como pa-

ra permitir que las tonterías la vuelvan loca; puesto que, debido al hambre, la sed, el frío, el llanto de los niños y las deudas, las masas están siempre pendientes de sus deberes esenciales.

Hace cien años, el pueblo americano trató de cumplir la declaración de derechos políticos con una perfección casi ideal. Desde entonces ha hecho grandes esfuerzos en esa dirección. Ahora, instruido por su éxito, y por sus muchos errores, está tratando de cumplir, ya no la declaración de derechos, sino la declaración de deberes humanos.

Y fijaos en qué revolución implica la tentativa. Hasta ahora, el gobierno ha sido el de una sola persona o el de la aristocracia. En este país, el intento de resistir a estos elementos, según se dice, ha de lanzarnos, no al gobierno del populacho, sino, en la práctica, al de una clase inferior de políticos profesionales, quienes, por medio de los periódicos y las reuniones electorales, ponen a su indigna minoría en el lugar de la vieja aristocracia, por una parte, y de la buena, industriosa, adoctrinada, pero alicorta población, por otra, alcanzan los puestos de poder y confieren su dirección a los asuntos. De ahí que congresos y legislaturas liberales ordenen, para el asombro del pueblo, medidas equívocas, interesadas y viciosas. Los mismos hombres resultan sospechosos y acusados de ser autores y víctimas del cabildeo. No se intenta ninguna medida por sí misma, sino que, en primer lugar, se solicita la opinión del pueblo, y luego las medidas se llevan a cabo superficialmente como algo secundario. No elegimos a nuestro propio candidato, no, ni a la primera elección de otro hombre, sino sólo al candidato disponible, a quien tal vez nadie quiere. No decimos lo que pensamos, sino que andamos a tientas tras lo practicable y lo disponible. En lugar del carácter, hay una estudiada exclusión del carácter. Al pueblo se le teme y lisonjea. No se le reprende. El país se gobierna en los bares y con el espíritu de los bares. El vulgar gana mejor al vulgar, y cada aspirante al poder compite con su rival por ver quién puede rebajarse más y se aparta al máximo de sí mismo.

El partidista en cuestiones morales, e incluso en cuestiones religiosas, elegirá a un probado granuja que pueda responder a sus preguntas, antes que a un caballero honesto, afectuoso y noble; el partidista deja de ser un hombre y puede convertirse en un sectario.

El espíritu de nuestra economía política es vulgar y degradante. Los metales preciosos no son tan preciosos como se cree. El hombre existe por sí mismo, y no para añadir un trabajador al Estado. Nada menosprecia tanto el espíritu de nuestra acción política como la santidad del hombre. El partido sacrifica al hombre a la medida.

Hemos visto al gran partido de la propiedad y la educación del país farfuleando y revendiendo, con vistas al temor o ventaja del partido, todo principio de humanidad y las más queridas esperanzas de la humanidad; y a los fidei-

comisarios del poder, enérgicos sólo cuando podía sembrarse la discordia, imbeciles como cadáveres cuando había que impedir el mal.

Nuestros grandes hombres sucumben a las formas del día hasta el punto de hacer peligrar su integridad por añadir al peso de su carácter personal la autoridad del cargo, o por conseguir ser titulares de un gobierno legítimo. Nuestra política está llena de aventureros, los cuales, tras alcanzar por educación e inocencia social una buena reputación en el Estado, rompen con la ley de la honestidad y creen que pueden permitirse el lujo de unirse al partido del diablo. Resultan odiosos, estos pecadores de vida regalada. Te adhieres al apoyo de las instituciones benéficas y a la causa de la literatura, y allí, a buen seguro, están estos rostros bronceados. Te desconcierta hallarlos en esta inocencia; debes estrecharles la mano de mala gana. Nos sentimos respecto a ellos como el pastor en la granja de Cabo Cod, en la época en que aún se invitaba al pastor, en primavera, a recitar una oración para bendecir una porción de tierra, cuando, llevado al lugar, el buen pastor se paró en seco: «No, esta tierra no necesita una oración, esta tierra necesita abono».

Es virtud lo que necesitan, y, a falta de virtud,
No hay prenda ni honor que pueda adaptarse a su espalda.

Los partidos mantienen sus antiguos nombres, pero muestran una sorprendente fugacidad al dejar una piel de serpiente por otra de igual ignominia y lubricidad, y el saltamontes del torreón de Faneuil Hall¹ da una buena pista de los hombres que hay por debajo.

Todo es productivo. Los mismos glaciares resultan viscosos o relegados por conformidad, y los más severos patriotas vacilan y transigen, así que nuestra salvación no puede depender de la *voluntad*.

¡Qué raros son los actos de la voluntad! Todos vivimos de acuerdo a la costumbre; obramos como los demás, y nos horroriza un acto propio. Tal acto hace famoso a un hombre, y podemos contar pocos casos, apenas media docena en nuestra época, en que un hombre público se arriesgara a actuar como creía, sin estar a la espera de órdenes o de la opinión pública. John Quincy Adams fue un hombre de una independencia audaz, que siempre mantuvo viva la curiosidad pública respecto a lo que pudiera hacer. Nadie podía predecir sus palabras, y el Congreso no pudo negarlas cuando las pronunció. El general Jackson fue un hombre de voluntad, y aquella frase suya en una ocasión memorable —«asumiré la responsabilidad»— se ha convertido en un proverbio.

1 El constructor de Faneuil Hall fue el mercader Peter Faneuil (1700-1747); se trata del mercado de Boston, llamado «la Cuna de la Libertad» por haber sido el punto de encuentro de los patriotas americanos antes de la Revolución. [N. del T.]

El americano marcha con un descuidado contoneo a la cima del poder, sin preocuparse por su propia libertad, o por la de otros pueblos, en su imprudente confianza en que puede tener cuanto quiere, y arriesga todos los apreciados estatutos de la carrera humana, adquiridos con batallas y revoluciones y religión, y los pierde en el juego por una ínfima ganancia egoísta.

Se sienta con seguridad por la posesión de su vasto dominio, con una inimaginable riqueza de recursos; ve cómo se revela su fuerza inevitable en un orden elemental, día tras día, año tras año; mira desde sus yacimientos de carbón, sus campos de trigo y sus minas de oro, hasta sus dos océanos, uno a cada lado, y siente la seguridad de que no puede haber escasez en un país que alcanza tantas latitudes, ni necesidad a la que no pueda proveer, ni peligro por exceso de importación de arte o aprendizaje en un país de tal fortaleza originaria, con tan inmenso poder digestivo.

En proporción a la habilidad personal de cada hombre, el americano siente la invitación y la carrera que el país abre ante él. Se alimenta naturalmente con trigo y juego, con vino de Ohio, pero su cerebro también se cría con corrientes más finas, con poder político y con el poder de la junta del ferrocarril, de las fábricas o de los bancos. Esto eleva su ánimo y le proporciona, desde luego, una sencilla confianza en sí mismo que le hace obstinado e inescrupuloso.

Creo que esta levedad es una reacción en el pueblo por las extraordinarias ventajas e invitaciones de su condición. Cuando nos molesta su imprudente e inmoral votación, no es por la malignidad, sino por la temeridad. El pueblo se despreocupa de la política, porque no considera en serio la posibilidad de caer en las redes de la legislación. Se siente fuerte e irresistible. Cree que lo que ha promulgado lo puede revocar si no le agrada. Pero se puede correr el riesgo demasiado a menudo. ¡No se acerca a las elecciones, porque dice que un voto no puede hacer ningún bien! ¡O da otro paso, y dice que un voto no puede hacer ningún mal! Y vota por algo que no aprueba, porque su partido o grupo vota por ello. Por supuesto, esto lo pone en manos de un partido que tenga un firme interés que promover, el cual no entra en conflicto manifiesto con el interés pecuniario de los votantes. Pero si se interesara por sí mismo y por su carrera, no se apartaría más de la elección que de la oficina de su contable o de la casa de sus amigos.

El pueblo es bastante honesto en cuestiones éticas, pero debe pagar sus deudas y debe tener los medios para vivir bien y no escatimar. Así, es inútil confiar en que acuda a un mitin, o en que vote, si aparece un cheque de esta facción del hay-que-tener-dinero. Si un cliente se enoja con su periódico o maldice a los miembros del Congreso, el pueblo coge otro periódico y vota por otro hombre. Debe tener dinero, porque cierto estilo de vida acelerado se hace necesario; debe tomar vino en el hotel, en primer lugar, por la aparien-

cia y, en segundo, por el propósito de enviar la botella a uno o dos caballeros de la mesa; y, al momento, porque ha tenido el gusto, sin darse cuenta de que ha cenado sin él.

El recuerdo de la elección, de vez en cuando, alarma al pueblo por la elección de un granuja y alborotador, la cual no es en absoluto unánime. Pero, ¿cómo se hizo? ¿Qué anárquica muchedumbre irrumpió en las votaciones y depositó cientos de papeletas, desafiando a los magistrados? Esto lo llevaron a cabo los mismos hombres que conocéis, la gente más dócil, sensible y mejor dotada. La única explicación de esto es que ha sido asustada o pervertida por una asociación en su ánimo del candidato con el interés de su comercio o de su propiedad.

Mientras cada camarilla recomienda a su candidato, y al fin presenta, entre aplausos y vítores callejeros, a hombres cuyo nombre anuncia el fin de toda esperanza de progreso, los buenos y sabios están ocultos en su retiro activo y se mantienen al margen de la cuestión.

Unámonos para que despierten, pues por su tenor
Osan defender la justicia y protegerán nuestra época.

Sin embargo, conocemos por todo el país a hombres de integridad, con capacidad para la acción y los problemas, con la más profunda simpatía por lo que respecta a lo público, mortificados por la desgracia nacional y capaces de cualquier sacrificio excepto el de su honor.

*

En nuestro sistema, como en todos, hay faltas de funcionamiento, pero estas sugieren sus propios remedios. Tras un error práctico, por el que surgen los desastres, el pueblo despierta y lo corrige con energía. Y cualquier trastorno en la política, en las guerras civiles o extranjeras, le desembriaga y, de inmediato, demuestra mayor virtud y convicción en el voto popular. Con cada nueva amenaza de facción, el voto ha sido, en contra de lo que se esperaba, correcto y decisivo.

Se trata siempre de una inspiración, que sólo Dios sabe de dónde viene; una percepción súbita, sin fecha, de eterna justicia, que sobreviene y corrige las cosas que estaban mal; una percepción que pasa por miles tan fácilmente como pasaría por uno.

La graciosa lección enseñada por la ciencia a este país consiste en que la historia de la naturaleza, de principio a fin, es un avance incesante de menos a más, de una organización más grosera a una más refinada, de modo que el globo de la materia conspira así con el principio de la esperanza impercedede-

ra en el hombre. La naturaleza trabaja durante un tiempo inmenso, y gasta pródigamente individuos y razas para preparar a nuevos individuos y razas. Los tipos inferiores se han extinguido uno tras otro; llegan las formas superiores. La historia de la civilización, o la depuración de ciertas razas hasta conseguir maravillosos poderes de rendimiento, es análoga; sin embargo, la mejor civilización sólo es valiosa como un motivo de esperanza.

El nuestro es un país de hombres pobres. Aquí tenemos la democracia práctica; aquí tenemos a la raza humana diseminada por el continente para hacer justicia, a toda la humanidad en mangas de camisa; y tales hombres no gesticulan, como los pobres hombres ricos de las ciudades, aspirantes a la riqueza, sino que, sin lugar a dudas, se quitan el abrigo para trabajar duro, cuando el trabajo ha de pagarse. Esto ocurre por todo el país. Porque, en realidad, aunque se vea riqueza en las capitales, se trata sólo de unos pocos hombres ricos de las ciudades, en puntos dispersos; la masa de la población es pobre. En Maine, casi todos los hombres son leñadores. En Massachusetts, de cada doce, uno es zapatero, y el resto son molineros, granjeros, navegantes, pescadores.

Pues bien, el resultado es que, en lugar de la triste experiencia del economista europeo, que nos dice: «En casi todos los países la condición de la mayoría de la población es pobre y miserable», aquí, esa misma mayoría ha logrado una vaga abundancia, y ha conseguido jamón y galletas de maíz, un pequeño tejado y suficiente carbón, una desahogada comodidad, que no es limpia ni cuidadosa, ni mucho menos refinada, y no halla dignidad en su reposo; el hombre es inoportuno e inquieto si no tiene algo que hacer, pero es honesto y amable, por lo general, comprende sus derechos y se muestra inflexible en su conservación, y está dispuesto a dar a sus hijos una educación mejor que la que recibió.

La constante mejora de las escuelas públicas en las ciudades y en el campo permiten al granjero o al trabajador asegurarse una preciosa educación primaria. Es raro encontrar a alguien nacido en América que no sepa leer y escribir. La facilidad con que los jóvenes forman clubes para la discusión de tópicos sociales, políticos e intelectuales, garantiza la notoriedad de las cuestiones.

Nuestras instituciones, cuya unidad es la ciudad, son todas educativas, porque la responsabilidad educa de prisa. La reunión ciudadana es, después del instituto, una escuela superior. La legislatura, a la que acude todo buen granjero cuando se pone a prueba, es una academia superior.

El resultado aparece en el poder de invención, en la libertad de pensamiento, en la disposición a las reformas, en el anhelo de novedad, incluso de todas las locuras de la falsa ciencia; en la antipatía a las sociedades secretas, en el predominio del partido Demócrata en la política de la Unión, y en la voz

del público, incluso cuando es irregular y viciosa —la voz de la muchedumbre, la voz del linchamiento—, porque se cree que es, en conjunto, el veredicto, aunque mal articulado, de la mayoría.

Toda esta precocidad y confianza en sí mismo cubre el autogobierno; continúa la creencia en que, como el pueblo ha forjado un gobierno, puede forjar otro; en que su unión y ley no están en su memoria, sino en su sangre y condición. Si deshace una ley, puede fácilmente hacer una nueva. En la imaginación del señor Webster, la Unión era como el enorme colgante del príncipe Rupert, que se desharía en átomos si se rompiera la menor parte. Ahora la situación es diferente. El pueblo es leal, respetuoso con las leyes. Prefiere el orden y le disgusta el desgobierno y el alboroto.

América comenzó después de haberse extinguido el prejuicio medieval, y, en consecuencia, el pueblo tuvo un buen principio. Empezamos bien. Aquí no hubo inquisición, ni reyes, ni nobles, ni iglesia dominante. Aquí la herejía ha perdido sus terrores. Tenemos ocho o nueve religiones en cada gran ciudad, que hacen subir a lo sumo uno o dos grados el termómetro de la moda; un banco en una iglesia particular proporciona una entrada más fácil en la suscripción del baile.

Empezamos con libertad, y nos defendemos de los sobresaltos, por vez primera en un siglo, por la facilidad con que, por medio de asambleas populares, toda medida necesaria de reforma puede ser aprobada de inmediato. Un congreso es una insurrección permanente y escapa a la violencia de agravios acumulados. Como la tierra, que mantiene su identidad por el cambio perpetuo, nuestro sistema civil mantiene la suya por la perpetua apelación al pueblo y la aceptación de sus reformas.

El gobierno está al corriente de las opiniones de todas las clases, conoce a los dirigentes de la clase media, conoce a los líderes de la clase más humilde. El Presidente se aproxima a estos; si él no lo hace, lo hace la reunión electoral: las elecciones primarias y la reunión ciudadana, y lo importante le alcanza.

Los hombres, las mujeres, gritan por toda esta tierra sus exclamaciones de impaciencia e indignación por lo que es defectuoso o impropio en el gobierno —por la falta de humanidad, de moralidad—, siempre con amplios motivos de justicia general, y no con el sentimiento de clase que limita la percepción del pueblo inglés, francés y alemán.

En este hecho, en que somos una nación de individuos, en que tenemos una elevada organización intelectual, en que podemos ver y sentir las distinciones morales, y en que las leyes morales deben influir antes o después en tal organización y hablarnos al oído, en todo esto reside nuestra esperanza. Porque, si la prosperidad de este país ha sido sólo la obediencia del hombre a la guía de la naturaleza —de los grandes ríos y praderas—, sin embargo, hay

un destino sobre el destino, si preferimos hablar esta lengua; si hay un destino en el maíz y el algodón, hay un destino en el pensamiento, es decir, que el mayor pensamiento y el amor más amplio han nacido para la victoria y deben prevalecer.

La revolución no es la obra de hombre alguno, sino la efervescencia eterna de la naturaleza. Nunca dejó de obrar. Y decimos que las revoluciones vencen a todos los insurgentes, aunque no sean tan decididas y políticas; que los grandes intereses de la humanidad, estando en todo momento y época a favor de la justicia y la mayor libertad, ganarán de vez en cuando al adversario y al fin triunfarán. Nunca tuvo ningún país una fortuna —tal como la llaman los hombres— como ésta, por su geografía, su historia y sus majestuosas posibilidades.

Tenemos mucho que aprender, mucho que corregir: mucha vanidad mentirosa. El patriotero debe plegar sus ridículas alas y no parecer un pavo; debe estarse quieto para soportar el rayo cuando se le ordena. Nuestra bandera nacional no es tan conmovedora como debiera serlo, porque no representa a la población de los Estados Unidos, sino a una reunión electoral de Baltimore, Chicago, Cincinnati o Filadelfia; ni a la unión o la justicia, sino al egoísmo y la astucia. Si no nos pusiéramos el gorro frigio hasta que fuésemos hombres libres por amor y abnegación, el gorro frigio no significaría nada. No me gustaría ver a América como a los viejos poderes de la tierra, avariciosos, exclusivos y estrictos, sino como a un benefactor tal como ningún otro país lo ha sido, hospitalario con todas las naciones, legislador para todas las nacionalidades. Las naciones se hicieron para ayudarse mutuamente, como las familias; y todo avance tiene que ver con las ideas, no con la fuerza bruta o la fuerza mecánica.

En este país, con nuestro entendimiento práctico, hay, hoy en día, un gran sensualismo, una impetuosa devoción por el comercio y por la conquista del continente —con una parte para cada hombre tan grande como pueda labrar por sí mismo—, una confianza extravagante en nuestro talento y actividad, que se convierte, mientras triunfa, en un desdén materialismo, pero con la falta, en efecto, de que no tiene profundidad, ni fuerza de reserva a la que recurrir cuando ocurre un revés.

Este reposo, que es el ornamento y la madurez del hombre, no es americano. Se trata de un reposo que indica una fe en las leyes del universo: una fe que ellas mismas satisfarán, sin que puedan ser estorbadas, transgredidas o aceleradas. Nuestro pueblo es demasiado ligero y vanidoso. Se regocija con facilidad, y con facilidad se deprime. Ved qué rápido extiende la fábrica efímera de su comercio, sin considerar la reacción remota y la bancarrota, con el abandono al momento y a los hechos de la hora presente del esquimal que vende su cama por la mañana. Nuestro pueblo actúa al instante y por un im-

pulso exterior. Todos se apoyan en otro, supersticiosamente, no por tener una idea de su mérito. Siguen un hecho, siguen al éxito, y no a la destreza. Por tanto, tan pronto como el éxito cesa y el hombre admirable se equivoca, le abandonan; entonces recuerdan que hace tiempo sospecharon su juicio, y transfieren la reputación del juicio a la siguiente persona próspera que aún no se ha equivocado. Por supuesto, esta ligereza hace que se desanimen fácilmente. Parece como si la historia no diese cuenta de sociedad alguna en que el desánimo afectara con tanta facilidad al corazón como vemos y sentimos que ocurre en la nuestra. Los jóvenes, a los treinta años, y aun antes, pierden toda jovialidad y vivacidad, y si fracasan en su primera empresa renuncian al juego.

La fuente del error es la extrema dificultad con que los hombres se despiertan del sopor de cada día. Bendito sea cuanto agita a la masa, acaba con este sopor e inicia el movimiento. *Corpora non agunt nisi soluta*; la regla química es cierta para el espíritu. Los contrastes, los cambios, la interrupción, son necesarios para la nueva actividad y las nuevas combinaciones.

Si un sabio moderado examinase nuestra sociedad americana, creo que el primer peligro que provocaría su alarma sería el de las influencias europeas en nuestro país. Compramos muchas cosas a Europa que no nos convierten en hombres mejores; y, sobre todo, el elevado precio está arruinando al país. Importamos baratijas, bailarines, cantantes, encajes, libros de patrones, modas, guantes y colonia, manuales de arquitectura gótica, ornamentos de vapor. América es provinciana. Es una inmensa Halifax. Fijaos en el carácter secundario y el remedo de la vida extranjera e inglesa que atraviesan este país, en los edificios, en el vestido, en la comida, en los libros. Cada pueblo, cada ciudad ha tomado de Inglaterra su arquitectura, su vestuario, su hotel, su vivienda privada y su iglesia.

Nuestra política amenaza a Inglaterra. Sus costumbres nos amenazan. La vida se ha hecho y se está haciendo tan costosa, que amenaza con matarnos. Tanto aquí como allí llega un hombre al que se valora por lo que puede comprar. Lo peor es que el gasto no es suyo, sino una copia remota de la Casa Osborne o del Elíseo. La tendencia que aquí se descubre es la de hacer a todos los hombres parecidos; extinguir el individualismo y obstruir las vías de inspiración de Dios en el hombre. Perdemos nuestra capacidad de invención y descendemos a la de imitación. Un hombre ya no conduce su propia vida. Está manufacturada para él. El sastre hace su traje; el panadero, su pan, el tapicero —con un libro importado de patrones— su mobiliario; el obispo de Londres, su fe.

A los colonos de este país, en el siglo diecisiete, las condiciones del país, combinadas con la impaciencia del poder absoluto que trajeron de Inglaterra, les obligaron a una maravillosa independencia personal y a ciertas labores he-

roicas de colonización y comercio. Más tarde, esta fortaleza apareció en la soledad del Oeste, donde un hombre se convierte en un héroe por las varias emergencias de su granja solitaria, y donde los vecinos deben unirse contra los indios, o los cuatros o los camorristas de los ríos, organizándose en comités de vigilancia. Así, la tierra y el mar educaron al pueblo y pusieron de manifiesto la presencia de ánimo, la confianza en sí mismo y la actividad cooperativa. Este es un pueblo para una emergencia. No se consigue sorprenderlo, y puede hallar una salida ante cualquier peligro. Esta fuerza viva y agitada convierte a los americanos en dignos ciudadanos y civilizadores. Pero si vemos que se aferran a las tradiciones inglesas, que en casa son tan elegantes como la iglesia inglesa y los estamentos vinculados a ella, y que desconfían de la elección popular, nos parecerá que están fuera de lugar y son reaccionarios y absurdos.

Dejemos que la pasión por América expulse a la pasión por Europa; que aquí haya lo que la tierra espera: una humanidad exaltada. Lo que este país desea son personalidades, grandes personas para contrarrestar su materialidad. Porque la regla del universo consiste en que el maíz servirá al hombre, no el hombre al maíz.

Aquellos que encuentran a América insípida, aquellos para los que Londres y París han echado a perder su hogar, pueden ahorrarse la vuelta a tales ciudades. No sólo veo una carrera aquí para un genio mayor del que tenemos, sino para uno mayor del que hay en el mundo.

Los individuos de esta clase se divierten sin deberes. Se sientan en sus decorados clubes de la ciudad, fuman su tabaco y juegan al *whist*; en el campo, se sientan en las tiendas y bares, fuman su tabaco, chismorrear y duermen. Se quejan de la monotonía de la vida americana: «América no tiene ilusiones ni fantasía». No tienen percepción alguna de su destino. No son americanos.

El felón es el lógico extremo del epicúreo y el fatuo. El lujo egoísta es el fin de ambos, aunque en uno está decorado con refinamiento y en el otro es brutal. Pero yo opino que este espíritu no es americano.

A nuestros jóvenes les falta idealismo. Un hombre que quiera triunfar no debe ser un puro idealista, ya que entonces fracasará en la práctica; pero debe tener ideas, debe obedecer a las ideas, o podría ser también el caballo que cabalga. Un hombre no quiere ser deslumbrado, cegado por el sol; pero todo hombre ha de tener un destello que le evite darse de cabeza contra el muro. Y en interés de la civilización y la buena sociedad y la amistad, temo oír de hombres bien nacidos, dotados, amables, que sientan esta indiferencia y cedan a la desesperación.

De ninguna utilidad son los hombres que estudian para hacer exactamente lo que ya se ha hecho, que no pueden comprender que hoy es un nuevo día. Nunca entre nosotros se ha dado una combinación como esta, y las reglas pa-

ra enfrentarse a ella no están escritas en ninguna historia. Necesitamos hombres de percepción original y de acción original, que puedan abrir sus ojos a algo más amplio que una nacionalidad, es decir, a consideraciones de beneficio de la raza humana, que puedan actuar en beneficio de la civilización; hombres de espíritu elástico, moral, que puedan vivir el momento y dar un paso adelante. Colón no fue un cangrejo en retroceso, ni lo fue Martín Lutero, ni John Adams, ni Patrick Henry, ni Thomas Jefferson; y el Genio o Destino de América no es un tronco o un vago, sino un hombre que avanza incesantemente, como la sombra del reloj de sol o el cuerpo celeste cuya luz marca la hora.

La flor de la civilización es el hombre acabado, el hombre con juicio, con gracia, con talento, con poder social: el caballero. ¿Qué impide que nazca aquí? Los nuevos tiempos necesitan a un hombre nuevo, el hombre complementario, que ha de ser suministrado claramente por este país. Sus brazos han de agitarse con mayor libertad; su mirada ha de ser más penetrante; su tipo y equipo ha de ser más avanzado y directo que el del inglés, el cual, por lo que vemos, está como encarcelado en su elemento.

Es cierto que nuestra civilización está todavía incompleta, que no ha acabado, ni ha dado señal de acabar en un héroe. Es una democracia salvaje; un derroche de mediocridad, deshonestidad y engaño. La nuestra es la época del ómnibus, de la tercera persona del plural, de Tammany Hall².

¿Acaso la naturaleza no tiene tanta fuerza vital, y debe diluirla si ha de multiplicarse en millones? Lo hermoso nunca es abundante. Entonces, Illinois e Indiana, con sus pingües lomos, deben ser forzosamente ordinarias.

La cuestión no es si seremos una multitud de personas —no, eso ya se ha decidido de manera conspicua—, sino si seremos la nueva nación, el guía y legislador de todas las naciones, por haber elegido con claridad y mantenido con firmeza la más sencilla y mejor regla de la sociedad política.

Si el espíritu que hace años armó este país contra la rebelión y empleó tan gigantesca energía en la institución de la Comisión Sanitaria, pudiera despertarse ahora para el deber conservador y creativo de hacer las leyes justas y humanas, lo haría para inscribir en un gran distrito a personas religiosas, dignas, valientes, tiernas y fieles, obedientes al deber, amantes de los hombres, llenas de lealtad entre sí, con el sencillo y sublime propósito de llevar a cabo en la acción pública y privada el deseo y la necesidad de la humanidad.

Este es el lugar que el patriota debería colonizar; este, el altar en que los jóvenes virtuosos, aquellos para los que la amistad es el más querido pacto,

2 Tammany Hall, fundado en 1789, fue el comité ejecutivo del Partido Demócrata en Nueva York. Representó la oposición de la clase media al aristocrático Partido Federalista y funcionó como institución caritativa. Sin embargo, desde principios del siglo XIX, las prácticas irregulares hicieron que su nombre fuera sinónimo de corrupción política en la ciudad. [N. del T.]

deberían unirse con lealtad, en que el genio debería encender su fuego y presentar la verdad olvidada a la mirada de los hombres.

Hagamos que el buen ciudadano cumpla los deberes que le han sido impuestos aquí y ahora. No es posible liberarse de las cuestiones en que la propia época está envuelta. No se pueden combatir los peligros y dragones que asedian ahora a los Estados Unidos volviendo la cabeza hacia el desaparecido Demóstenes, o hacia Lutero, o Wallace, o George Fox, o George Washington. Creo que esto no es cosa de bobos u holgazanes, sino que requiere docilidad, simpatía y una receptividad de principios más elevados; porque la libertad, como la religión, es un fruto breve y ligero, y, como todo poder, subsiste sólo por nuevas reposiciones en la fuente de inspiración.

El poder puede ser generoso. La misma grandeza de los medios que se nos ofrecen debería sugerir grandeza en la dirección de nuestro gasto. Si la utilidad de nuestras artes mecánicas no ha sido superada, si hemos enseñado al río a fabricar zapatos, clavos y alfombras, y al rayo del cielo a escribir nuestras cartas como a una pluma Gillot, hagamos que estas maravillas trabajen para la honesta humanidad, para los pobres, para la justicia, el genio y el bien público. Démonos cuenta de que este país, el último en fundarse, es la gran caridad de Dios para la raza humana.

América debería afirmar y establecer que en ningún caso las armas adelantarán al derecho actual. No haremos *coups d'état*, para después explicar y pagar, sino que procederemos como William Penn, o como cualquier otro cristiano o persona que trata al indio o al extranjero según los principios del comercio honesto y el mutuo beneficio. Podemos ver que la Constitución y la ley en América deben estar escritas según principios éticos, de modo que todo el poder del mundo espiritual mantiene la lealtad del ciudadano y rechaza al enemigo como por fuerza de la naturaleza. América debería ser la declaración de derechos de la humanidad, o la Proclamación Real del Intelecto que sube al trono y anuncia con placer que ahora, de una vez por todas, el mundo será gobernado por el sentido común y la ley moral.

El fin de toda lucha política es establecer la moralidad como base de la legislación. Ni las instituciones ni la democracia son el fin, sino sólo los medios. La moralidad es el objetivo del gobierno. Queremos un estado de cosas en que el crimen no sea rentable, un estado de cosas que permita al hombre la mayor libertad compatible con la libertad de los demás hombres.

La humanidad no quiere que el gobierno se avergüence de ser tierno y paternal, sino que las instituciones democráticas estén más atentas a los intereses de las mujeres, a la educación de los niños y al bienestar de las personas enfermas e incapaces, y que se encargue en serio de los criminales, mejor de lo que lo haya hecho el mejor gobierno del viejo mundo.

El genio del país ha señalado nuestra verdadera política: la oportunidad. Oportunidad de derechos civiles, de educación, de poder personal, y no menos de riqueza: puertas abiertas. Podría haber libre comercio con todo el mundo sin peajes ni aduanas, una invitación, como la que ahora hacemos a todas las naciones, a todas las razas y colores, a hombres blancos, rojos, amarillos, negros: la hospitalidad de una tierra justa y leyes iguales para todos. Y dejemos que los hombres compitan, que triunfe el más fuerte, el más sabio y el mejor. La tierra es lo bastante grande, el suelo tiene pan para todos.

Confío en que América tendrá el orgullo de ser una naciones de servidores, y no de servidos. ¿Cómo pueden los hombres tener otra ambición mientras la razón no haya sufrido un eclipse desastroso? Mientras el hombre pueda decir que sirve —que, hasta en la última fibra de su ser, aplica su facultad al servicio de la humanidad en su lugar especial—, allí dentro ve y muestra una razón de su ser en el mundo, y no es una polilla o un estorbo.

La distinción y el fin de un hombre constituido sólidamente es su trabajo. El uso está inscrito en todas sus facultades. El uso es el fin por el que existe. Como el árbol existe por su fruto, así el hombre por su trabajo. Una planta infructuosa, un animal ocioso, no duran en el universo. Todos se esfuerzan, aunque sea en secreto o despacio, en la provincia que se les ha asignado, y con una utilidad en la economía del mundo; las organizaciones más elevadas y complejas, con un servicio más elevado y católico. El hombre parece jugar, por sus instintos y habilidad, cierta parte que se distingue incluso en el aspecto general del planeta: drena ciénagas, desvía los ríos a tierras secas para su irrigación, perfora bosques y pétreas cadenas montañosas e impide las incursiones del mar en el continente, como si vistiera el globo en beneficio de razas más felices.

En conjunto, sé que los resultados cósmicos serán los mismos, cualesquiera que sean los sucesos diarios. Felizmente, estamos bajo una guía mejor que la de los estadistas. Las minas de carbón de Pennsylvania, los astilleros de Nueva York y el trabajo libre, aunque no sean idealistas, gravitan en la dirección ideal. Nada hay menos importante que la justicia que sea capaz de tenerlos de buen humor. La justicia satisface a todos, y sólo la justicia. No hay que meterse en monopolios, ni sacrificar a ningún partido o nacionalidad débil, ni conceder un compromiso cobarde a un socio fuerte. Cada una de estas cosas es la semilla del vicio, la guerra y la desorganización nacional. Nos corresponde llevar hasta el final los propósitos de la libertad y la justicia. Permaneceremos, entonces, por amplios intereses; norte y sur, este y oeste estarán presentes en nuestro espíritu, y nuestro voto será como si ellos votaran, y sabremos que nuestro voto asegura las fundaciones del Estado, la buena voluntad, la libertad y seguridad del tráfico y la producción, y el crecimiento mutuo de la buena voluntad en los grandes intereses.

Nuestro timón se abandona a una guía mejor que la nuestra; el curso de los acontecimientos es demasiado enérgico para un timonel, y nuestro pequeño esquife es remolcado por el barco del gran Almirante que conoce el camino y tiene la fuerza suficiente para arrastrar a hombres y Estados y planetas a su propio bien.

Tan potente es este gran método por el que la divina Providencia envía los principales beneficios bajo la máscara de calamidades, que no creo que por una perversa ingenuidad evitemos la bendición.

Al ver esta orientación de los acontecimientos, al ver esta felicidad incomparable que tanto se ha detenido en la Unión, encuentro nueva confianza en el futuro. Podría desear de corazón que nuestra voluntad y esfuerzo fuesen partes más activas en la obra. Pero veo que la luz asoma por todas direcciones. No sólo el comercio y el gobierno serán las metas favoritas de la humanidad, sino que todo arte útil y elegante, todo ejercicio de imaginación, la cima de la razón, el afecto más noble, la más pura religión hallarán un hogar en nuestras instituciones y dictarán nuestras leyes en beneficio de los hombres.

Traducción de Javier Alcoriza
Fortune of the Republic en Works of Ralph Waldo Emerson,
The «Edina» Edition, Edinburgh 1906, pp. 959-971.